



# La Santa Sede

---

JUAN PABLO II

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 13 de diciembre de 1989*

### **El Espíritu Santo en la misión entre los paganos**

1. Después del bautismo de los primeros paganos, administrado por orden de Pedro en Cesarea en la casa del centurión Cornelio, el Apóstol se detuvo algunos días entre aquellos nuevos cristianos, a invitación suya (cf. *Hch* 10, 48). Eso no agradó a los “Apóstoles” y a los “hermanos” que habían permanecido en Jerusalén, quienes le reprocharon por ello a su regreso (cf. *Hch* 11, 3). Pedro, en vez de defenderse de esa acusación, prefirió “explicarles punto por punto” cómo había sucedido todo (cf. *Hch* 11, 4), de modo que los hermanos procedentes del judaísmo pudieran valorar toda la importancia del hecho de que “también los gentiles habían aceptado la Palabra de Dios” (*Hch* 11, 1).

Por tanto, les puso al corriente de la visión tenida en Joppe, de la invitación de Cornelio, del impulso interior procedente del Espíritu Santo para que superara toda duda (cf. *Hch* 11, 12) y, finalmente, de la venida del Espíritu Santo sobre los que se hallaban presentes en la casa del centurión (cf. *Hch* 11, 16), para concluir así su relación: “Me acordé entonces de aquellas palabras que dijo el Señor: ‘Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo’. Por tanto, *si Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros* por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poner obstáculos a Dios?” (*Hch* 11, 16-17).

Según Pedro ésta era la verdadera cuestión, y no el hecho de haber aceptado la hospitalidad de un centurión proveniente del paganismo, cosa insólita y considerada ilegítima por los cristianos de origen judío de Jerusalén. Es hermoso constatar la eficacia de la palabra de Pedro, ya que leemos en los *Hechos* que “al oír esto se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: así pues, también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida” (*Hch* 11, 18).

Era la primera victoria sobre la tentación del particularismo socio-religioso que amenazaba a la Iglesia primitiva por haber nacido de la comunidad jerosolimitana y judía. La segunda victoria la conseguiría, de modo aún más resonante, con la ayuda de Pedro, el Apóstol Pablo. De esto hablaremos más adelante.

2. Ahora detengámonos a considerar cómo Pedro prosigue por el camino *iniciado con el bautismo de Cornelio*: aparecerá de nuevo que es el Espíritu Santo quien guía a los Apóstoles en esta dirección.

Los Hechos nos dicen que los convertidos de Jerusalén, “que se habían dispersado cuando la tribulación originada a la muerte de Esteban”, realizaban una labor de proselitismo en los lugares donde se habían establecido pero “sin predicar la Palabra a nadie más que a los judíos” (*Hch* 11, 19). Sin embargo, algunos de ellos, que eran ciudadanos de Chipre y de Cirene, tras llegar a Antioquía, capital de la Siria, comenzaron a hablar también a los griegos (es decir, a los no judíos), “y les anunciaban la Buena Nueva del Señor Jesús. La mano del Señor estaba con ellos, y un crecido número recibió la fe y se convirtió al Señor. La noticia de esto llegó a oídos de la Iglesia de Jerusalén y enviaron a Bernabé a Antioquía” (*Hch* 11, 20-22).

Era una especie de inspección decidida por la comunidad que, por ser la comunidad originaria, se atribuía la tarea de vigilancia sobre las demás Iglesias (cf. *Hch* 8, 14; 11, 1; *Ga* 2, 2).

Bernabé se dirigió a Antioquía, y “cuando llegó y vio la gracia de Dios se alegró y exhortaba a todos a permanecer, con corazón firme, unidos al Señor, porque era un hombre bueno, *lleno de Espíritu Santo* y de fe. Y una considerable multitud se agregó al Señor. Partió para Tarso en busca de Saulo y, en cuanto le encontró, le llevó a Antioquía. Estuvieron juntos durante un año entero en la Iglesia y adoctrinaron a una gran muchedumbre. En Antioquía fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de ‘cristianos’ ” (*Hch* 11, 24-26).

Es otro momento decisivo para la nueva fe fundada en la alianza en Cristo, crucificado y resucitado. Incluso la nueva denominación de “cristianos” manifiesta la solidez del vínculo que une entre sí a los miembros de la comunidad. El “Pentecostés de los paganos” iluminado por la predicación y por el comportamiento de Pedro lleva progresivamente a cumplimiento el anuncio de Cristo acerca del Espíritu Santo: “*Él me dará gloria*, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (*Jn* 16, 14). El afirmarse del cristianismo bajo la acción del Espíritu Santo lleva a cabo con evidencia creciente la glorificación del “Señor Jesús”.

3. En el cuadro de las relaciones entre la Iglesia de Antioquía y la de Jerusalén, hemos visto entrar *en escena a Saulo de Tarso*, llevado por Bernabé a Antioquía. Los Hechos nos dicen que “estuvieron juntos durante un año entero en la Iglesia y adoctrinaron a una gran muchedumbre” (*Hch* 11, 26). Poco después añaden que un día, “mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, *dijo el Espíritu Santo*: ‘Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he

llamado'. Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron. Ellos, pues, *enviados por el Espíritu Santo*, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta Chipre" (*Hch 13, 2-4*). Conviene recordar que Chipre era la patria de Bernabé. (*Hch 4, 36*). La vocación y la misión de Saulo, junto a Bernabé, se delinea de esta forma como querida por el Espíritu Santo, el cual abre así una nueva fase de desarrollo en la vida de la Iglesia primitiva.

4. Es conocida la historia de la *conversión de Saulo de Tarso* y su importancia para la evangelización del mundo antiguo, afrontada por él con toda la fuerza y el vigor de su alma gigantesca, cuando *de Saulo se convirtió en Pablo; el Apóstol de las naciones* (cf. *Hch 13, 9*).

Aquí recordaremos sólo las palabras que le dirigió el discípulo Ananías de Damasco, cuando por orden del Señor fue a encontrar, "en casa de Judas, en la calle Recta" (*Hch 9, 10*), al perseguidor de los cristianos espiritualmente transformado por el encuentro con Cristo.

Según los Hechos, "fue Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: 'Saulo, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo'" (*Hch 9, 17*). De hecho Saulo recobró la vista y en seguida comenzó a dar testimonio en las sinagogas primero en Damasco, "demostrándoles que aquél era el Cristo" (*Hch 9, 22*), luego en las de Jerusalén donde, presentado por Bernabé, iba y venía "predicando valientemente en el nombre del Señor" y discutiendo "con los helenistas" (*Hch 9, 29*). Estos judíos "helenistas" violentamente opuestos a todos los propagandistas cristianos (cf. *Hch 6, 9; 7, 58; 9, 1; 21, 27; 24, 19*), se encarnizaron especialmente contra Saulo, hasta el punto de intentar matarlo (cf. *Hch 9, 29*). "Los hermanos, al saberlo, le llevaron a Cesarea y le hicieron marchar a Tarso" (*Hch 9, 30*). Es aquí donde irá a buscarlo Bernabé para llevarlo consigo a Antioquía (cf. *Hch 11, 25-26*).

5. Ya sabemos que el desarrollo de la Iglesia en Antioquía, debido en gran parte a la afluencia de los "griegos" que se convertían al Evangelio (cf. *Hch 11, 20*), había suscitado el interés de la Iglesia de Jerusalén, en la que sin embargo, incluso después de la inspección de Bernabé, había permanecido cierta perplejidad acerca de la medida tomada al admitir a los paganos al cristianismo sin hacerlos pasar por la vía de Moisés. De hecho, en un momento determinado, "bajaron algunos (a Antioquía) de Judea que enseñaban a los hermanos: 'Si no os circuncidáis conforme a la costumbre mosaica, no podéis salvaros. Se produjo con esto una agitación y una discusión no pequeña de Pablo y Bernabé contra ellos; y decidieron que Pablo y Bernabé y algunos de ellos subieran a Jerusalén, donde los Apóstoles y presbíteros, para tratar esta cuestión" (15, 1-2).

Era un problema fundamental, que tocaba la misma esencia del cristianismo como doctrina y como vida fundada sobre la fe en Cristo, y su originalidad e independencia del judaísmo.

El problema quedó *resuelto en el "concilio" de Jerusalén* (como se le suele llamar) por obra de los

Apóstoles y de los presbíteros, pero bajo la acción del Espíritu Santo. Narran los *Hechos* que “después de una larga discusión, Pedro se levantó y les dijo: ‘Hermanos, vosotros sabéis que ya desde los primeros días me eligió Dios entre vosotros para que por mi boca oyese los gentiles la Palabra de la Buena Nueva y creyeran. Y Dios, conocedor de los corazones, dio testimonio en su favor *comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros*; y no hizo distinción alguna entre ellos y nosotros, pues purificó sus corazones con la fe” (*Hch 15, 7-9*).

Era el momento trascendental de la toma de conciencia del “Pentecostés de los paganos” en la comunidad madre de Jerusalén, donde se hallaban reunidos los máximos representantes de la Iglesia. Esta, en todo su conjunto, se daba cuenta de que vivía y se movía “llena de la consolación del Espíritu Santo” (*Hch 9, 31*). Sabía que no sólo los Apóstoles sino también los demás “hermanos” habían tomado decisiones y realizado acciones bajo la moción del Espíritu, como, por ejemplo, Esteban (*Hch 6, 5; 7, 55*), Bernabé y Saulo (*Hch 13, 2.4.9*).

Pronto conocería *un hecho acaecido en Éfeso*, donde había llegado Saulo convertido en Pablo, y narrado así por los Hechos: “Mientras Apolo (otro predicador evangélico) estaba en Corinto, Pablo atravesó las regiones altas y llegó a Éfeso donde encontró algunos discípulos; les preguntó: ‘¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe?’. Ellos contestaron: ‘Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo’... Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y, habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar” (*Hch 19, 1-2. 5-6*). La comunidad de Jerusalén sabía, por consiguiente, que aquella especie de epopeya del Espíritu Santo estaba realizándose a través de muchos portadores de carismas y de ministerios apostólicos. Pero en aquel primer concilio se produjo un hecho eclesiástico-institucional, reconocido como determinante para la evangelización del mundo entero, gracias a la íntima conexión entre la asamblea, presidida por Pedro, y el Espíritu Santo.

7. De hecho, los Apóstoles comunicaron las conclusiones a las que habían llegado y las decisiones que habían tomado, con una fórmula muy significativa: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (*Hch 15, 28*). Era la expresión de su plena conciencia de actuar bajo la guía de este Espíritu de la verdad que Cristo les había prometido (cf. *Jn 14, 16-17*). Ellos sabían que recibían de Él el prestigio que hacía posible tomar aquella decisión, y la misma certeza de las decisiones tomadas. Era el Paráclito, *el Espíritu de la verdad, quien en este momento hacía que el “Pentecostés” de Jerusalén se transformase cada vez más también en el “Pentecostés de los paganos”*. Así la Nueva Alianza de Dios con la humanidad “en la sangre de Cristo” (cf. *Lc 22, 20*) se abría *hacia todos los pueblos y naciones*, hasta los extremos confines de la tierra.

---

## Saludos

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

Deseo ahora presentar mi cordial saludo a todos los peregrinos y visitantes de lengua española. En particular, al grupo de Religiosos Capuchinos que están haciendo en Roma un curso de formación permanente. Os aliento a ser siempre sembradores de paz en vuestras actividades apostólicas y asistenciales, dando testimonio de un gran amor a la Iglesia.

A todas las personas, familias y grupos procedentes de los diversos países de América Latina y de España imparto con afecto la bendición apostólica.